

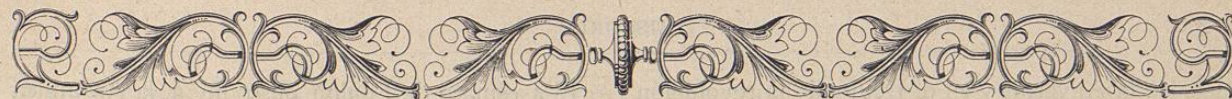
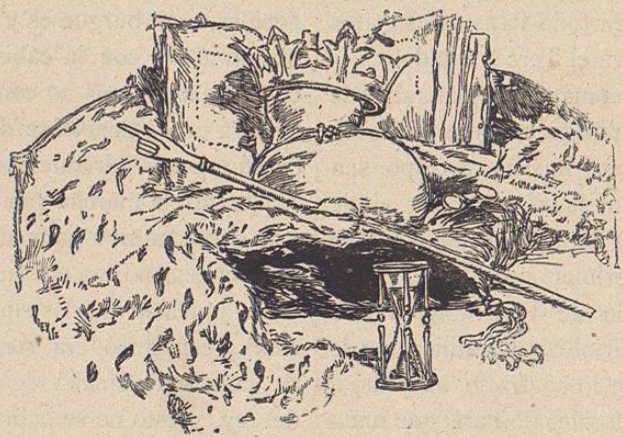
la pica que le habían anunciado sus cortesanos que llevaría su cabeza si se decidía á entrar en París! Al llegar á las Casas Consistoriales, los guardias nacionales escalonados en la escalera de entrada sacaron sus espadas y formaron sobre la cabeza del rey la bóveda de acero, y como de esta manera reciben los masones á sus dignatarios no dejó esto de notarse por muchos, pero no se logró con tantas atenciones, ni aún cuando estuvo sentado en su trono devolverle el uso de la palabra. Bailly y Lafayette tuvieron que hablar por él, y esto que el procurador de la Comuna de París en su presencia hizo adoptar por unanimidad, por aclamación, su proposición para que se elevara una estatua á Luis XVI en la plaza de la Bastilla como restaurador de las libertades públicas, pero todo lo que podían decir en su nombre Bailly y Lafayette es que el rey se daba por contento con su elección para alcalde y comandante de la guardia nacional y que «se podía contar con su amor.» Terror ó rencor, esta actitud del rey, si no le hizo sospechoso no le hizo simpático, y á su regreso á palacio, la reina salió á recibirle en la escalera arrojándose á sus brazos anegada en llanto como si una terrible desgracia les sumiera en el dolor y en la desesperación.

Lafayette que desde el primer momento com-

prendió que no iba á quedar en pié en toda Francia más fuerza que la guardia nacional, no se daba reposo en organizarla y como los colores de su escarapela eran á la vez que los de París los de la familia de Orleans, para evitar toda equivocación y demostrarle al duque que en vano se agitaba, que para nada podía contar con él, propuso Lafayette que á los colores de París se juntase el blanco de la casa real como símbolo de la reconciliación del rey y su pueblo, y al presentar á sus jefes la escarapela, pronunció Lafayette las siguientes proféticas palabras:

«Señores: aquí os traigo una escarapela que dará la vuelta al mundo, y una institución cívica y militar, que ha de triunfar de la antigua táctica de Europa, y que reducirá á los gobiernos arbitrarios á la alternativa de ser bñtidos, si no la imitan, y si la imitan, de ser derrotados.»

De lo que dijo en esta ocasión Lafayette, Europa, lo mismo que Francia, sintió un presentimiento. Un escritor alemán contemporáneo no pudo dominar la emoción que sintió al ver por primera vez la escarapela tricolor y el orgullo patriótico de los que la llevaban, y olvidando su cualidad de alemán, abrazó aquellos colores que pronto habían de serle antipáticos gracias á la política militar de los reyes. Este escritor era Goethe.



## CAPITULO IV

### LOS DERECHOS DEL HOMBRE

Se propaga la revolución de Julio en provincias.—Quiénes son responsables de los excesos: opinión de Sybel.—La Asamblea exhorta al país á la calma.—Mirabeau pide que se dé satisfacción al pueblo.—Asesinatos de Foulon y Berthieu.—Sus consecuencias en París y en la corte.—Sesión del 4 de Agosto: renuncian la nobleza y el clero sus derechos feudales: el duque de Aiguillon, el vizconde de Noailles y el vizconde de Beauharnais.—Proposiciones de Larocheffoucauld y del gentil-hombre pobre.—Pide el clero que los señores renuncien á su derecho exclusivo de caza.—La nobleza pide la abolición del diezmo.—Renuncias del bajo clero.—Renuncias del Tercer estado.—Intenta el clero deshacer la obra del 4 de Agosto en la sesión del 6.—Buzot pide que se declaren los bienes del clero nacionales.—Formula su petición el marqués de Corte.—Lameth apoya la proposición.—Discursos en contra de Mirabeau y de Sieyes.—Falsa posición que éste tomó.—Consternación del rey de los privilegiados.—Agítase de nuevo la corte.—Inquietud general.—Duport propone que se nombre una comisión de vigilancia.—Escrúpulos de la Asamblea.—Ábrese la discusión sobre la declaración de derechos.—Oposición de Malouet, Mounier, Lally-Tollendal, Clermont-Tonnerre y Mirabeau.—Oposición de la derecha: Maury y Cazales.—Cómo juzga Sybel la situación política.—Actitud y fuerza de los partidos.—El 26 de Agosto: *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*.—Vaguedad y defectos de esa declaración.—Organización del poder ejecutivo.—Estado de los ánimos al iniciarse esta discusión.—Sus consecuencias.—Recelos justificados.—Las dos cámaras.—Mounier, Lafayette y Condorcet.—El veto.—Mounier y Mirabeau reclaman el veto absoluto.—Lafayette, Barnave y otros piden el veto suspensivo.—Sieyes se opone al veto real.—Cómo debe apreciarse esta discusión.—Reflexiones de Mirabeau sobre la situación política de París.—Cómo Lafayette hizo del ejército revolucionario de Julio, el ejército del orden.—Organización de la guardia nacional.—Denuncia su organización el Palais-Royal.—La cuestión social: el hambre.—La agitación revolucionaria y los orleanistas: Danton.—Cómo juzgaba Mirabeau la situación política.—La corte de Versalles y la del Palais-Royal.—Manejos de los orleanistas.—Impasividad del rey.—Agitación producida por la discusión del veto.—El 30 de Agosto en París.—Energía de las autoridades.—Revelaciones de Ferrieres sobre la conspiración de la corte de Versalles.—Proyéctase la fuga á Metz.—Cómo tenía la Asamblea que arreglárselas para que el rey sancionara sus decretos.—Grave indicación de Mirabeau.—La situación económica, y política económica de la Asamblea.—Se sitúa al rey por hambre.—Preténdese obligar al rey á que sancione los derechos del hombre.—El banquete de los guardias de Corps.—Imprudencia de los reyes.—Divúlgase en París lo ocurrido en Versalles.—Duport y Toula-geon en la Asamblea.—El 4 de Octubre en París.—Marcha de los parisienses á Versalles.—Razón de la débil energía de las autoridades de París.—Los parisienses en Versalles.—Sale á su alcance Lafayette.—Sus instrucciones.—Cómo fué recibido en palacio.—Cómo y cuándo sancionó Luis XVI la declaración de derechos.—Cómo fué atacado el palacio real.—Hoche salva á los guardias de Corps.—Reconciliación entusiasta de los reyes y el pueblo.—Resultado de las jornadas de los días 5 y 6 de Octubre.—Marchan los reyes á París.—Abandona Mounier la causa de la revolución.



A revolución de París se propagó como una exhalación por Francia prendiendo el fuego por todas partes. En el Norte, país eminentemente agrícola, se arruinó á los señores desde luego con negarse los arrendatarios á pagar toda clase de derechos feudales; y los campesinos se apoderaron sin escrúpulo de las tierras que los señores se habían reservado cultivar por sí mis-

mos. En la Auvernia y en el Delfinado la revolución fué más grave. Los montañeses armados bajaron á los valles saqueando las quintas de los nobles lo mismo que los conventos, apoderándose además de todo lo que les venía á manos, incluso las vidas de los que no escapaban á su furor; en el Franco Condado se quemó por día hasta fin de mes una quinta, y como quisiera la milicia de Vesoul contener tales excesos, se tuvo que librar batalla y la milicia quedó vencida. En el Maçonnais en quince días se quemaron setenta posesiones nobiliarias, y los cinco ó seis mil hombres que recorrían los campos daban muerte sin piedad á los mismos campesinos que no se querían juntar con ellos, contándose en tan pocos días 230 víctimas de esta clase. «Tales resultados se tocaron,—dice Sybel, el historiador oficial del imperio alemán,—en pocas semanas, de la insensata tentativa de querer sostener por la fuerza un sistema que entregaba el Estado á la bancarrota y al pueblo á la miseria.»... «Hase á menudo reprochado á la Asamblea nacional el haber, llevado de su afán de innovar, puesto su mano sobre todo, sin respetar nada de lo existente, sin haber puesto transición alguna entre el nuevo y el antiguo régimen. Hay que reconocer que este reproche no carece de fundamento, sin embargo, se ha de dirigir menos á la Asamblea que á los adversarios que ella tuvo en sus primeros tiempos. Ahora, la tempestad levantada por el ministerio Breteuil dejaba tras sí algo que se podía mejorar.»

En efecto, desde el mismo día 17, Lally-Tollendal pidió ya á la Asamblea que se exhortase el país al orden y á la legalidad, pero Mirabeau le replicó que no éra con palabras como se calmaba la agitación del país, sino con hechos y esto era exacto. El pueblo que acababa de destruir el régimen feudal no podía aquietarse sino en el momento en que se reconociera la legitimidad de su conquista. Y esto urgía porque en todas partes, como ya hemos dicho, reinaba el desorden más peligroso, pues si Lafayette pudo arrancar cinco víctimas al furor popular, toda su energía, toda su popularidad se estrelló contra la irritada muchedumbre al apoderarse ésta del ex-ministro Foulon y de su yerno Berthieu que fueron asesinados de la manera más cruel, pero no hay por que negar que éstos cometieron la imprudencia de presentarse en donde no debían, pues tal es la suerte que espera siempre á los hombres de combate cuando dejan el poder, y bien se comprende que Necker, á quien se había vuelto á llamar, no podía hacer nada en aquellas circunstancias para proteger á los ministros del golpe de Estado.

El asesinato de Foulon puso fin á la Asamblea de electores que gobernaba en París. Estos se asustaron y se retiraron á sus casas, nombrándose para reemplazarlos una comisión municipal por las secciones que presidió igualmente Bailly, y este es el origen de la terrible comuna de París.

Necesitándose, pues, hechos para calmar el desorden y salvar lo que se pudiera de la organización social, pues todo estaba puesto á discusión, ó sujeto á la revolución, el duque de Aiguillon anunció al club Breton el 3 de Agosto que iba á proponer al día siguiente á la Asamblea la abolición, ó renuncia por las clases privilegiadas de todos los derechos feudales, pero se le adelantó el vizconde de Noailles y éste hizo la proposición, y como no se elevara voz en contra Le Chapelier que presidía fué llamando uno á uno á todos los nobles presentes para que constara su voto y su renuncia, entonces se pudo ver cuántos no habían ya desertado sus puestos en la Asamblea. De los presentes todos siguieron el ejemplo que les dió Aiguillon, el señor más rico y poderoso de Francia, dado que el vizconde de Noailles nada podía remediar por ser un segundón. Los duques de Guiche y de Montemart, el vizconde de Beauharnais á quien el Terror al cortar la cabeza puso sobre la de su viuda una corona imperial, é hizo de sus hijos príncipes y reinas; el duque de Larochehoucauld, en fin los más principales señores se apresuraron no sólo á renunciar los dichos derechos sino que á la vez pedían las más enérgicas y humanitarias reformas. Beauharnais pidió que se declarase que todos los ciudadanos eran admisibles para todos los empleos, y adelantándose á Guillotin pidió que las penas fuesen iguales para todas las clases sin distinción de fuero; Larochehoucauld reclamó la emancipación de los siervos de toda Francia y que se preparase desde luego la de los esclavos de las colonias. Un pobre gentil-hombre dijo que él no tenía para ofrecer más que una paloma y que esto era lo que ofrecía, renunciando al derecho exclusivo que tenían los poseedores de feudos de poseer palomares.

Terminada esta parte de la sesión, Le Chapelier invitó al clero á que manifestase su adhesión. Los obispos aprobaron la renuncia de los derechos feudales, y como uno de ellos pidiera que los señores renunciaran á su derecho exclusivo de caza, éstos se apresuraron á acceder cortándoles su renuncia al clero el diezmo, sobre el que nada decían, y que reclamó un gentil-hombre como compensación de lo que se les acababa de quitar. El bajo clero no teniendo que renunciar renunció sus derechos de esto-

la y pié de altar, pero la Asamblea no lo aceptó pues era condenarse á la miseria, sino para cuando se les hubiese aumentado su paga.

Fueron llamados, por último, los representantes de las ciudades, el Tercer estado, y estos renunciaron los privilegios de todas clases que poseían las ciudades. Tal fué la memorable sesión del 4 de Agosto, que duró desde las ocho de la noche á las dos de la madrugada. Pero si en esta famosa noche en que se fundó la igualdad social todos estuvieron en su punto, no hay duda que no todos procedieron con la misma buena fe.

Ya hemos visto como se obligó al clero á renunciar á los diezmos sobre las que se reservaba; pasado el primer momento quisieron salvar el diezmo á toda costa, y en la sesión del 6 de Agosto, varios eclesiásticos hicieron ya algunas reservas. Entonces se levantó un joven diputado normando y pidió á la Asamblea que declarase lisa y llanamente que los bienes eclesiásticos pertenecían á la nación, este diputado se llamaba Buzot.

Planteadas la cuestión, el marqués de Corte la formaliza en la sesión del día 8, pidiendo: 1.º Que se declarasen los bienes eclesiásticos propiedad de la nación; 2.º Que el diezmo se suprimiera sin indemnización; 3.º Que los honorarios de los obispos y de los curas los fijaran las Asambleas provinciales; 4.º Que se suprimieran las órdenes monásticas.

La discusión se concentró sobre los primero y segundo puntos, pues los otros dos á todo el mundo parecieron demasiado radicales, y quienes más enérgicamente apoyaron la proposición Corte fueron sus colegas de clase. Alejandro Lameth tomó en efecto la palabra para demostrar la diferencia esencial que existe entre las propiedades de los ciudadanos, las propiedades individuales que existen de derecho natural y que la ley no ha creado, y las de las corporaciones, que no subsisten sino por autorización de la sociedad, de la nación. «Todo ciudadano,—decía,—tiene derechos sagrados que no le puede quitar la sociedad; pero las corporaciones, las corporaciones políticas, no existen más que por la sociedad y para ella misma. Tiene, pues, derecho á modificarlas ó á suprimirlas, y á aplicar sus bienes, que no son verdaderas propiedades, á cosas de utilidad general.» Así, el caballero Lameth proponía que se dieran en prenda á los acreedores del Estado.

Mirabeau, el conde, añadió que el diezmo no era ni una propiedad, ni una posesión, sino un impuesto destinado á pagar el culto y á los eclesiásticos «como oficiales de la moral y de la instrucción pública.»

Sieyes ¡quién lo creyera! se levantó para sostener la tesis contraria, esto es, la de que el diezmo constituía una propiedad legítima, pero Sieyes tenía sobrado talento para comprometerse con esta teoría, así admitía la supresión del diezmo pero mediante indemnización, destinando los 70 millones á que debía ascender al año, y que en realidad subía á 120, que hoy valdrían 300, á formar un fondo para los mismos fines á que se destinaba el diezmo, pero esta proposición no pudo prosperar, y la casi unanimidad con que se aprobó la abolición del diezmo sin indemnización indica de una manera sobrada clara las corrientes que dominaban en las opinión pública.

«Los privilegiados,—dice Martín,—en las provincias, acogieron con estupor y cólera lo mismo que tanto satisfacía al pueblo. No podían comprender como sus representantes se dejaron arrastrar por el entusiasmo de esa noche que llamaban noche de orgía y de locura. El mismo rey estaba profundamente consternado por ese hundimiento de todo el antiguo régimen, y su devoción se alarmaba con la abolición de los diezmos, que estaba acostumbrado á considerar como una cosa sagrada.» ¡Principió desde la memorable noche del 4 de Agosto nuevamente la reacción á prepararse para un nuevo golpe de Estado? Fuese desde este día, ó al volver en sí la corte del estupor en que la sumió las revoluciones de la Asamblea, lo cierto es que desde este día principió una agitación sorda y tenebrosa que anunciaba ya los tristes días que amenazaban á Francia. Por todas partes se señalaba la mano de la reacción en cien conflictos, cuyo origen nadie conocía ni podía descubrir; Pitt pareció fomentar deliberadamente este estado de inquietud negando la salida de granos de Inglaterra para Francia, cuando tan grande era la carestía; en fin, tan evidente pareció este estado de conspiración permanente para fomentar el mal, que la Asamblea adoptó la proposición que le hizo Duport relativa al nombramiento de un comité encargado de hacer investigaciones sobre los complots dirigidos á perturbar la Francia. A este comité fueron llevadas muy pronto gran número de cartas dirigidas al conde de Artois, y cuando la voluntaria emigración de éste autorizaba al comité á abrir su correspondencia, vinieron los escrúpulos, y lo mismo Chapelier que Mirabeau, que el mismo Duport, pidieron á la Asamblea que respetase la inviolabilidad de aquella correspondencia.

En medio, pues, de todas estas angustias de una situación rodeada de ocultos enemigos, se abrió la discusión sobre la proposición de Lafayette, relativa